

## La conexión gallega de la vanguardia rioplatense

May Lorenzo Alcalá

Sevilla y Madrid son dos ciudades españolas cuyos nombres surgen naturalmente cuando se evoca al ultraísmo o rememoran las vinculaciones de Jorge Luis Borges con ese movimiento. En la primera se editó *Grecia*, la paradigmática publicación dirigida por Isaac del Vando Villar, que finalmente se mudó a Madrid para ser reemplazada por *Ultra*. En la capital del Reino también tenían sede las tertulias más célebres de la década del veinte: en el café Pombo, la del mediático Ramón Gómez de la Serna y el de Cansinos Assens, el verdadero patriarca de la vanguardia, en el Café El Colonial, por citar algunas.

Estas y otras ciudades españolas, como Toledo, El Escorial, y personajes peninsulares como Ortega y Gasset o Gabriel Alomar, son los protagonistas centrales del libro *Calcomanías*, que Oliverio Gironde edita, en 1925, en Calpe de Madrid como para desmentir (incluso nuestras propias) afirmaciones de que sus lazos vanguardistas se tejían en París.

Pero, tal vez por el prejuicio de descalificar intelectualmente a las regiones de donde provienen las inmigraciones masivas, habitualmente no se recuerda a la Galicia de la década del veinte como un espacio donde tuvieron lugar escenas muy importantes de la historia épica de la vanguardia rioplatense.

En La Coruña nació, por aquellos años, la revista de vanguardia más longeva, que fue paradigmáticamente, primero española y luego uruguaya. La fundó el poeta de esta nacionalidad Julio J. Casal en 1920, que ejercía las funciones de Cónsul y es conocida por el nombre que llevó a partir del número 33: *Alfar*. Contenía información variada sobre temas de interés para emigrantes y familiares de éstos, y el Comité de redacción estuvo integrado por otros cónsules latinoamericanos, pero la responsabilidad y esfuerzo se concentraba casi exclusivamente en Casal, quien acentuó el tono cada vez más cultural de la publicación.

Consiguió que colaboraran los emergentes ultraístas y la todavía no conformada Generación del 27 española. La paternidad de Casal quedó

fehacientemente demostrada cuando, en el año 1926, fue trasladado a Montevideo; al año siguiente salieron sólo dos números en Coruña, el 61 y 62, bajo la responsabilidad de Juan González del Valle, pero éstos no contaron con el visto bueno del fundador, quien retomó la numeración ignorando a los editados en el 27, es decir volvió a sacar *Alfar* No. 61 y siguientes en Montevideo, desde 1929 hasta su muerte en 1954.

Justamente fue en *Alfar* y en otra revista gallega, ésta de Lugo, *Ronsel* (1924) donde el uruguayo Rafael Barradas, ya bastante famoso, presentó al principiante escultor español Alberto Sánchez quien se haría célebre, entre otros méritos, por ser el autor de la escultura *El pueblo español tiene un camino que conduce a una estrella*, que acompañó al *Guernica* de Picasso en el Pabellón Español de la Exposición Universal de París de 1937 y cuya réplica hoy se encuentra en la entrada del Centro de Arte Reina Sofía de Madrid.

La Coruña y Lugo, pero también Vigo. En esa ciudad de la Provincia de Pontevedra, sucedió la pequeña e inusual historia de un argentino hijo de gallegos, Francisco Luis Bernárdez, y un gallego hijo de argentino, Amado Villar, que se convirtieron en rutilantes y fugaces estrellas de la renovación periodística en la región. Ambos volverían a Buenos Aires a mediados de la década del veinte para participar del movimiento literario local pero, por alguna razón, iban a omitir siempre la información referente a este episodio<sup>1</sup> y, en general, sobre las respectivas producciones de esta etapa.

Amado Villar, algo mayor que el otro protagonista, era un periodista reconocido y ejercía su profesión en el *Faro de Vigo*, diario conservador fundado en 1853 que aún hoy se publica; en este medio introduce a Francisco Luis Bernárdez que hace algunas colaboraciones firmadas con su nombre, en la página literaria que salía los sábados. Estamos hablando de mediados y fines de 1923.

Bernárdez —que ya había vivido de niño en Orense, porque la familia de sus padres era de un pueblito, Dacón, cercano a Carbalíño— había vuelto a España en 1921. En *Faro de Vigo* produce, hacia finales de 1923, una columna semi satírica que comentaba la actualidad municipal socarronamente, bajo el título *De mi espejo cóncavo* y firmaba Artemio. Imprevistamente, el 1 de febrero de 1924, la citada columna sale con una aclaración preliminar explicando que, de ahora en más, los co-

<sup>1</sup> Conrado Nalé Roxlo. Amado Villar. ECA. Buenos Aires. 1962.

Rogelio Burafaldo. Francisco Luis Bernárdez. ECA. Buenos Aires. 1963.

mentarios los hará Villavril, pseudónimo bajo el que es fácil adivinar a Villar.

El por qué de este cambio repentino se explica por la aparición, a principios de enero de ese mismo año, del periódico *El Pueblo Gallego* (hasta 1979), que intenta revolucionar la prensa de la región con un nuevo concepto de periodismo, más vinculado a las cuestiones intelectuales que a las cotidianas. Bernárdez, junto con otros miembros de su familia gallega – Ángel y Bernardo Bernárdez –, pasa a colaborar con el nuevo medio, donde adquiere la relevancia de un periodista estrella. Escribe una columna casi diaria en primera página, «Estelas», que firma con su nombre, y otras con variados pseudónimos: Martín Fierro y Ambrosio.

Bajo el último pseudónimo Bernárdez publica, por única vez en *El Pueblo Gallego*, la columna titulada «De mi espejo cóncavo», el 11 de marzo de 1924, como para dejar expresamente sentado que ese título era de su invención – aunque el hecho de que, poco más tarde, Valle-Inclán usase la expresión en *Luces de bohemia*, hace dudar sobre la paternidad. Comienza la nota diciendo que sus compañeros de redacción le insistían cotidianamente en que lo usase, en tanto él continuaba «disfrazando mi orgullo de inventor: pero, si el espejo es un chirimbolo sin importancia, apenas si interesa, dice. Por otra parte, yo había construido el aparatillo burlón y risueño tan sólo para las sesiones municipales», agrega.

Como los tres asuntos que trata en el citado artículo del 11 de marzo no tienen relación entre sí –requerimientos para que escribiera la columna, panegiristas de muertos y emigrantes frustrados– y se ocupa expresamente de mencionar su columna firmada, «Estelas», al tiempo que se cita a sí mismo con el sobrenombre por el que fue conocido desde joven –Paco Luis– como si fuera uno más de sus compañeros de redacción, debe suponerse que lo hizo como un ocioso y juguetón ejercicio de su propiedad intelectual.

Porque, en realidad, fue entre los autores ocultos detrás de Villavril, firmando la columna «Papanatismo» en *El Faro de Vigo*, y Martín Fierro, autor de «Funambulismo» en *El Pueblo Gallego*, que se entablaron virulentos debates sobre temas de actualidad, con posiciones encontradas. Ellos mantuvieron en vilo a la población ilustrada de Vigo y toda la Provincia de Pontevedra, pero lo que los lectores no conocían es que esas polémicas se gestaban en la misma mesa de trabajo, de la pensión donde vivían Bernárdez y Villar.

A veces, las cuestiones tratadas parecen triviales, como los inconvenientes creados por el cambio de hora o la conveniencia del uso de las

cerillas o del chisquero<sup>2</sup>, pero también se debate sobre la intervención norteamericana en Centroamérica o el gobierno de Filipinas. Cualquiera fuese el tema, siempre lo hacían en clave de humor. Lamentablemente para los lectores de ambos periódicos, el divertimento duró poco, ya que Bernardez volvió a la Argentina en el otoño de 1924.

*El Pueblo Gallego*, en su pretensión de marcar un rumbo más progresista e ilustrado que su competidor, incluyó la publicación por entregas de la estudiantina *La casa de la Troya*, de Alejandro de Pérez Lugín; una columna de libros de responsabilidad de Julio Casal (el de *Alfar*); notas de Rubén Darío; ilustraciones de Picasso; colaboraciones de Rafael Dieste –el hermano menor gallego del fundador de la revista uruguaya *Teseo*<sup>3</sup>– y hasta un ensayo de Jorge Luis Borges, cuyo anticipo en esta publicación nunca había sido registrado antes<sup>4</sup>.

Se trata de «Ejecución de tres palabras», que incluiría al año siguiente en *Inquisiciones*, uno de los tres libros de la etapa vanguardista de los que renegaría: el texto fue publicado en *El Pueblo Gallego*<sup>5</sup> del 27 de enero de 1924, página 25. Salvo algún error tipográfico, normal en los periódicos de la época que se componían a mano, ambos son exactamente iguales. Un excelente ejemplo del ingenio y la erudición de Borges puesta al servicio de desacreditar tres vocablos fluidamente usados por los modernistas, con la peculiaridad de que está escrito de una manera castiza, con palabras en desuso en Argentina y referencia a hechos históricos un tanto crípticos para sus connacionales, como «he determinado alzar un dos de mayo en estos apuntes».

Esta peculiaridad induce a pensar que «Ejecución de tres palabras» fue escrito intencionalmente para ser publicado en España y posiblemente para constituirse en la primera colaboración de una serie. El nexa entre Borges, que a principios de 1924 estaba en Europa en su se-

<sup>2</sup> *Fósforos y encendedores*.

<sup>3</sup> Eduardo Dieste, hijo de Eladio, ingeniero, que era a su vez sobrino de los escritores Eduardo y Rafael Dieste, nos informó, a través de nuestra colaboradora en Uruguay, Begoña Ojeda, que su bisabuelo era español y emigró a Uruguay donde tuvo varios hijos, entre ellos Eduardo y el padre de Eladio. Después se volvió a Galicia, donde nació Rafael, el más joven. Por eso nos encontramos ante la desconcertante presencia de un Eduardo Dieste, diplomático uruguayo –para lo que hay que ser nativo–, que espera en Londres a su hermano, el escritor gallego Rafael Dieste, que después emigra temporalmente a la Argentina, para emular a su padre y volver finalmente a España.

<sup>4</sup> No se hallaba registrado en las bibliografías, ni en los Textos recobrados. Lo hemos pasado a Nicolás Helf para que lo incorpore a su bibliografía.

<sup>5</sup> *Repositorio: Hemeroteca de la Biblioteca Nacional de España*.